

HISTORIAS DE FIN DE SIGLO: NOTAS SOBRE LA HISTORIOGRAFÍA ARGENTINA DE LAS ÚLTIMAS DÉCADAS

*Juan Manuel Palacio**

Resumen

En este artículo se hace un balance crítico de la historiografía argentina producida desde 1983. Parte de la hipótesis de que la recuperación de la democracia en Argentina permitió el renacimiento de la disciplina histórica, lo que generó un revisionismo genera, y abrió paso a nuevas temáticas. Sin embargo, existen algunas carencias importantes, entre las que destaca un fuerte sesgo anti-latinoamericanista que podría resolverse a partir del reforzamiento de la historia comparada en nuestro subcontinente.

Palabras clave: Historiografía - América Latina - Argentina - siglo XX,

* Doctor en Historia por la Universidad de California en Berkeley, EE. UU. Docente del CONICET/Universidad Nacional de San Martín, Argentina. Correo electrónico: jpalacio@unsam.edu.ar

Abstract

This article provides a critical balance of the Argentinean historiography brought about since 1983, parting from the hypothesis that the recuperation of democracy in Argentina allowed for a renewal in the teaching of history. In addition to having created a general revision movement, it also gave rise to new issues. Nonetheless, important deficiencies exist, such as a keen, anti-Latin American bias that could be solved departing from the reinforcement of compared history in our subcontinent.

Keywords: Historiography – Latin America – Argentina – 20th Century

Mil novecientos ochenta y tres fue un año determinante para la historia argentina reciente. La recuperación de la democracia, luego de una larga y sangrienta dictadura militar, se ubicaba en el centro de una sucesión de renacimientos y refundaciones. En uno de ellos, la vida académica comenzaba a despertar de una larga pesadilla de silencio, soñada muchas veces en otras latitudes. En particular, la disciplina histórica, que había progresado a los tumbos durante las décadas anteriores al golpe militar de 1976, para luego retroceder sus pasos, durante la dictadura, desde enfoques estructuralistas pasados de moda hasta el positivismo más rancio, nació a una nueva vida.

El propósito de este trabajo¹ es reseñar las formas que adoptó ese renacimiento historiográfico, en el contexto de la nueva libertad –académica, de expresión, de ideas– que se consolidó en el país luego de 1983 y en el marco de la reconstrucción institucional que se llevó paralelamente a cabo en los espacios universitarios y de investigación. El trabajo se detendrá en esa reconstrucción institucional, para la que fue decisiva el aporte de intelectuales que habían estado en el exilio durante los años de la dictadura. Luego indagará sobre los nuevos temas y, sobre todo, las nuevas formas que adquirió en la Argentina el estudio del pasado a partir de entonces, desde el necesario *aggiornamento* de campos tradicionales de los años ochenta hasta la “explosión posmoderna” de la década del noventa. En estas dos secciones, el trabajo no pretende ser original y antes bien hará uso intensivo de estudios historiográficos

que han aparecido recientemente en diversas publicaciones locales. En la última parte, se ensayará un balance de esta historiografía, llamando la atención sobre dos vacíos demasiado notorios en ella: los estudios comparativos con Latinoamérica y las investigaciones sobre el peronismo.

La reconstrucción del campo académico

En las últimas dos décadas, la actividad historiográfica en la Argentina ha experimentado un gran dinamismo, que se ha traducido en una prolífica producción académica. Este nuevo dinamismo tuvo estrecha relación con la recuperación de la vida democrática en el país, que permitió la reconstrucción y a veces la reapertura de espacios académicos, a la vez que la recuperación de la voz o el retorno al país de muchos profesionales que regresaban de un largo exilio en el exterior y que llegaron a constituir, según algunos, una “generación ausente”.²

Los años de la última dictadura, sin embargo, no habían venido a interrumpir una larga historia de estabilidad. Lejos de ello, las décadas anteriores habían estado signadas por una alta inestabilidad política e institucional, a cuya tradición los últimos años de la década del setenta sólo agregaban el ingrediente de una extrema represión y clausura. En su trabajo sobre la historiografía argentina en la democracia, Luis Alberto Romero distingue tres momentos anteriores a 1983.³

En el primero de ellos, los años de la década de 1960 (en Argentina, los diez años que van del derrocamiento de Perón en 1955 al advenimiento de la Revolución Argentina, de 1966) se da una importante renovación disciplinaria, que si bien se la conoce como la de “la historia social”, en realidad tenía un contenido heterogéneo, que incluía las perspectivas estructuralistas del marxismo, la CEPAL, las teorías del desarrollo y la modernización y la historia social de la escuela francesa. A pesar de ser protagonizada por nombres que luego van a ser paradigmáticos en la historiografía como los de José Luis Romero y Tulio Halperín Donghi, esta renovación, sin embargo, tuvo en esos años un impacto institucional modesto, ya

que fuera de ciertos espacios acotados de la vida universitaria la historia académica siguió hegemonizada por las perspectivas de la Nueva Escuela Histórica, de los discípulos de Levene y Ravignani. Por otro lado, la disciplina histórica no tenía en esos años sino una posición marginal en el mundo de las ciencias sociales y seguía muchas veces los dictados y las perspectivas de la economía y la sociología, que por entonces vivían una renovación mucho más dinámica y profunda.

El período siguiente, de los años setenta (delimitados por las fechas de los golpes militares de 1966 y de 1976) estuvo signado por la destrucción del marco institucional en que se había dado la renovación de la historia social, primero de la mano de la Revolución Argentina y luego gracias a la escalada de polarización política que se dio en el marco del regreso del peronismo al poder, en 1973. La politización de los espacios académicos derivó en un giro a la derecha de la vida universitaria y en el exilio de muchos protagonistas de la vida universitaria de la década anterior. El giro conservador en los estudios históricos se manifestó en un renacimiento de los postulados del revisionismo nacionalista, que vuelven a instalarse en las cátedras con el regreso al poder del peronismo.

Por fin, los años que inaugura la dictadura militar de 1976, que en Argentina se los conoce como los de “el Proceso” militar, se caracterizaron por niveles de intolerancia desconocidos, que derivan en la persecución y el exilio de muchos intelectuales, un fenómeno que había comenzado en el período anterior pero que en éste cobraba dimensiones inéditas. Para los que permanecieron en el país y no se enrolaban en la profesionalización de la disciplina que volvían a proponer, con renovado vigor, los representantes de la Nueva Escuela —encaramados ahora en las universidades públicas, la Academia Nacional de la Historia y el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas (CONICET)— quedaban algunos centros de investigación semi-clandestinos, erigidos y sostenidos por los que pretendían resistir desde la trinchera de la siempre progresista “historia social”.⁴

Son muchos de los miembros de esos centros y buena parte de los exiliados, que regresan, los que van a ocupar los espacios públicos de la vida académica luego de 1983, desde las universidades nacionales hasta los organismos oficiales de investigación, pasando muchas veces también por los ministerios y las secretarías de cultura y educación de la nación. La reinserción de estos académicos en el medio local tomó la forma de una fuerte reacción profesionalista que se manifestó de formas diversas, tanto en el ámbito de sus prácticas institucionales como de sus aportes académicos. En la base de esa reacción se encontraba un discurso que explícitamente buscaba tomar distancia con el pasado, postulando criterios de pertenencia al mundo académico en términos estrictamente profesionales, por oposición a los criterios políticos que, entendían, eran los que habían predominado hasta entonces en la selección de candidatos en las universidades públicas y el sistema de investigación.

Ingredientes necesarios de la reconstrucción institucional que se perseguía iban a ser la reimplantación generalizada del sistema de concursos públicos por antecedentes y oposición como sistema de acceso a las cátedras de las universidades públicas; la expansión del sistema de investigación en dichas universidades, a través de un ampliado financiamiento; la normalización del Consejo Nacional de Investigaciones y la implantación de un sistema de evaluaciones múltiples para el ingreso a la carrera de investigador científico y para el otorgamiento de becas y subsidios; y la revitalización de espacios de intercambio y validación académicos como congresos, jornadas y revistas científicas. La preocupación mayor fue, así, la recreación y defensa de un espacio de profesionalización, espacio que sirvió de marco a la generación y proliferación de nuevas tesis y proyectos de investigación.

Los encuentros científicos ocuparon un lugar decisivo, en tanto ámbitos de debate y ejercicio crítico, de legitimación del trabajo académico y de despliegue de ritos de iniciación. En particular, desde mediados de los años ochenta comenzaron a celebrarse las nuevas "Jornadas Inter-Escuelas de Historia", con el propósito de reunir cada año a historiadores enrolados en las distintas

universidades de la Argentina. Celebradas cada año en una ciudad distinta del interior del país, estas jornadas fueron creciendo de forma exponencial, desde su primer encuentro en el año 1988, hasta convertirse en el gran encuentro nacional de historiadores, en donde se discuten más de quinientos trabajos cada año. Participan en ellas tanto investigadores formados y docentes, como alumnos de grado y de posgrado, muchos de los cuales gozan a su vez de becas de investigación de los también nuevos o recreados sistemas de becas y subsidios de las universidades nacionales (entre los que destacan, por su peso en el conjunto, las de la Universidad de Buenos Aires).

Otro buen ejemplo de esa revitalización de los encuentros académicos es el de las “Jornadas de Historia Económica”, cuyos encuentros periódicos también batieron récords de asistencia cada año. A pesar de su enunciado más específico, dichas jornadas se convirtieron también en grandes encuentros de historiadores en general, lo que expresaba bien tanto la crisis por la que atravesaba el campo de la historia económica, como la amplitud de temas e intereses que dicho campo de estudios comenzó a abarcar como consecuencia de esa misma crisis. Si bien todos expresaban una impronta económica en su espíritu, los trabajos allí presentados cada vez con más frecuencia se dedicaban a explorar aquellas zonas en las que la historia económica entra en contacto con la cultura, la política, las ideas o la vida cotidiana de la sociedad.

Junto a las jornadas y congresos, las revistas académicas, a través de sus criterios de selección y sus referatos anónimos, fueron fundamentales para consagrar estándares de calidad consensuados y de esa manera apuntalar el giro profesionalista entre los historiadores. En este terreno también hubo tanto nuevos emprendimientos como relanzamientos de series que habían sido interrumpidas en los sucesivos hiatos institucionales. Así, junto a algunas que se especializaban en campos específicos, como *Estudios Migratorios Latinoamericanos* (publicada por el Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos, de importancia decisiva en ese campo de estudios, según se verá más abajo), *Estudios Sociales*, de Rosario, o *Ciclos*

—que representaba el acercamiento de los economistas a la historia económica—, había otras que querían expresar la producción de universidades y centros de investigación regionales, como los *Anuarios* de Tandil y el más antiguo de Rosario, o el relanzado *Boletín* del Instituto Ravignani, de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires; por fin otras nuevas, como la revista *Entre-pasados*, quería ser más bien la expresión de los historiadores de aquella “generación ausente” que había sufrido el silencio y el exilio impuestos por la última dictadura.⁵

Por último, la experiencia de muchos de los repatriados en el exterior, sirvió de puerta de entrada a las universidades extranjeras a muchos de sus discípulos locales, a la vez que garantizaba un fluído intercambio con profesores extranjeros, que eran cada vez más vistos en las aulas locales dictando conferencias y seminarios. El perfeccionamiento de los egresados de universidades argentinas en el exterior y la creación de un flujo e intercambio constante, pasó de una práctica cada vez más habitual a una necesidad en el *cursus honorum* de cualquier aspirante a la carrera académica local. Esta internacionalización de la práctica profesional, a la vez que garantizaba un contacto fluido de la historiografía argentina con las grandes líneas de la historiografía mundial, terminó elevando los estándares tanto en la selección de profesores en las universidades como de investigadores en el CONICET, resultando un doctorado en el exterior cada vez más un requisito mínimo de competitividad.

Nuevos temas, nuevas miradas

La recuperación de la vida democrática fue decisiva para la actualización teórica y metodológica del campo académico local. El regreso de los académicos del exilio — físicamente o a través de sus trabajos— constituyó un aporte fundamental para un medio que, fuera de la actividad de ciertos centros privados de investigación que pudieron desarrollarse en los márgenes del ámbito académico de la dictadura, se encontraba por entonces bastante aislado de las novedades internacionales. Con todo lo costoso que

fue como experiencia personal para los que lo protagonizaron, ese exilio había sido a la vez muy enriquecedor desde el punto de vista académico, ya que expuso a los que lo sufrieron al aire fresco de la novedad historiográfica en otras latitudes, sus nuevos temas y perspectivas teóricas, permitiéndoles a muchos obtener doctorados en prestigiosas universidades de América y Europa.

¿Cómo se tradujo esta importante renovación del campo académico e institucional en el terreno de las producciones concretas? Básicamente, en una verdadera explosión de investigaciones, portadoras de nuevos temas y perspectivas, o de nuevos acercamientos metodológicos a viejos temas. Los trabajos se han multiplicado en número de manera exponencial, como consecuencia necesaria de la ampliación del campo académico y de la oferta señalada de revistas y espacios de intercambio y crítica como jornadas y congresos.

Esta multiplicidad era consecuencia directa de la mencionada necesidad de afirmación de la práctica profesional. En un esfuerzo por diferenciarse de los trabajos sociológicos y económicos más generales, bajo cuyos postulados se había escrito buena parte de la historia argentina, la microhistoria, los estudios de caso, se veían ahora como lo más propio de la metodología histórica. La reafirmación de estudios más estrictamente históricos se tradujo entonces en una proliferación de trabajos monográficos y específicos y en la consecuente devaluación de proyectos más abarcativos o de mayor aliento interpretativo.

En esta explosión monográfica también fue decisiva la crisis más general de los paradigmas estructuralistas, que ya se estaba desatando en el mundo en momentos en que la historiografía cobraba nueva vida en nuestro país. El mejor ejemplo de ello era la larga agonía de la historia económica, que dejaba el lugar de privilegio que había ocupado en los estudios históricos durante tanto tiempo, agonía a la que contribuía, sin duda, el desmoronamiento, no sólo teórico, del marxismo por esos mismos años. Como consecuencia de la crisis de esos paradigmas, tan afectos a explicaciones generales que dieran cuenta del funcionamiento de grandes sistemas y estructuras, se desarrolló como reacción un

interés creciente por los actores y las lógicas de su accionar, que indagaba en lo particular, local y nacional, en desmedro de lo general y regional o continental.

Se trataba, en suma, de una gran fragmentación de los objetos de estudio, que indagaba en los últimos detalles de la vida histórica, con insaciable voracidad. En efecto, el ojo del historiador se volvió, a partir de esos años, mucho más sutil e indiscreto, concentrándose en la vida cotidiana en todas sus manifestaciones. Grandes reinados, batallas, epidemias y crisis económicas dejaron su lugar a pequeños eventos protagonizados día a día por hombres y mujeres anónimos. Cada vez más, las claves de la vida histórica se buscaban en el nivel de las preferencias y las pequeñas decisiones tomadas cotidianamente por los individuos. La organización familiar de las sociedades del pasado, el rol de mujeres y niños, los hábitos de consumo, las actitudes ante lo sagrado, las formas de amar o de morir, son algunos de los temas que alimentaban la infinita variedad de monografías y estudios de caso.

En muchos casos, la exploración de estas otras aristas de la realidad exigió el uso de nuevos documentos, que pudieran captar las diversas manifestaciones de esa cotidianidad y de la cultura en sentido amplio. Se echó mano así a historias orales y tradiciones folclóricas, relatos de viajeros, trabajos de arte y literatura, caricaturas políticas, archivos fílmicos, música y humor popular, programas de radio y televisión, monumentos públicos y arquitectura, ampliando enormemente el espectro de "documentos" que consultaba el historiador.

En la selección de ese repertorio documental, así como en el tipo de acercamiento al objeto, influyó grandemente la difusión de los llamados genéricamente "estudios culturales". Con influencias teóricas variadas, estos estudios abonaron nuevas teorías de la hegemonía, más basadas en el consenso que en la coerción; compartieron una visión de la cultura popular, como terreno de disputa más que de dominación y opresión, enfatizando el carácter frágil, inestable y eminentemente dinámico de lo cultural; y conciben al Estado, no como el resultado de la aplicación de proyectos hegemónicos, sino como el

producto, siempre precario, de la interacción dialéctica de esos proyectos con las prácticas cotidianas de los sectores subalternos. Estas perspectivas, que han encarnado en diversas historiografías “post” (post-estructuralistas, post-coloniales), fueron decisivas en la mencionada fragmentación de los objetos de estudio.

Particularmente hábiles para desarrollar poderosas herramientas de (de)construcción (palabras rebosantes de múltiples sentidos; variados “giros”; conceptos que encierran significados ocultos; metáforas y metanarrativas; la devoción por lo insignificante y lo no previsto; la exageración de la fragilidad) esas perspectivas han provocado una sistemática “deconstrucción” de temas y certidumbres que fue particularmente devastadora. Con una tradición teórica y filosófica que hace del deshacer y el cuestionar su operación intelectual más fecunda, esa literatura ha sido especialmente bienvenida en campos que seguían atados a esquemas teóricos pasados de moda (o a la perplejidad que causó su abolición sin más) y necesitaban ser “revisitados”.

Esta necesidad de revisar no se limitó a lo teórico y conceptual, y derivó también en un cuestionamiento generalizado de todas las cronologías consagradas, que se ensañó particularmente con los cortes míticos que hasta ayer indicaban momentos fundacionales en cualquier historiografía. Esta sistemática puesta en cuestión de los cortes fundacionales se traducía generalmente en un corrimiento hacia atrás de los tiempos de las causalidades y en la consecuente búsqueda de explicaciones de mediano y largo plazo para los procesos. Así, el “fin de las ideologías”, a la vez que invitaba a desembarazarse de esquemas explicativos que juzgaba demasiado estrechos, señalaba que el tiempo de las revoluciones se había acabado y debía dejar paso a la búsqueda de continuidades y permanencias. Como se verá más abajo, en la Argentina este corrimiento de las cronologías tuvo una de sus víctimas más claras en el corte de 1930, como divisoria de aguas tanto en el terreno económico como en el político y en la historia del Estado, pero el efecto quizás más devastador haya sido el que tuvo en los estudios sobre peronismo, que si antes

enfaticaban todo lo que tenía de revolucionario e innovador ahora se empeñan en mostrar todo lo que ya estaba allí y el peronismo vistió con nuevos ropajes.

Fuera de estas líneas más generales, que influyeron por igual en todos los estudios históricos de los últimos años, existieron también algunas constantes en las preferencias por algunos temas. Una rápida revisión de los índices de algunas de las revistas mencionadas durante los últimos veinte años y de los títulos de las ponencias presentadas en las referidas jornadas, permiten ensayar ciertas constantes dentro de esa variada producción, que desafía cualquier intento de síntesis. En particular, paralelamente a la aparición de líneas de investigación novedosas, se verifica un reverdecimiento de disciplinas “tradicionales” (la historia política, intelectual, social) con dos ingredientes nuevos, que marcan una diferencia fundamental con el pasado. Por un lado, ninguna aspira ya a convertirse en la forma hegemónica de encarar el estudio del pasado sino que más bien postulan la autonomía de las distintas prácticas sociales (políticas, culturales, económicas). La defensa de esa autonomía fue particularmente marcada en la década de 1980, especialmente en los trabajos de historia política y de historia social, aunque fue bastante generalizado. Por otro lado —en especial desde la fiebre “deconstructivista” de la última década, que afianzó nuevas perspectivas poco proclives a encasillarse bajo un rótulo preciso— ninguna de ellas se concibe como autosuficiente, siendo cada vez más frecuentes los estudios que exploran las áreas de intersección entre ellas, entre la economía y la cultura, entre las costumbres y las ideas, entre la política y el arte, etcétera.

La historia política

En el campo de la historia política se produjo en esas décadas un doble corte con la vieja historia positiva. Por un lado, una serie de trabajos surgidos en los años ochenta se preocupaba por afirmar la autonomía de lo político, y cuestionaba los enfoques más estructuralistas que lo estudiaban sólo en su necesaria relación con lo económico,

tanto desde el punto de vista de los procesos como de los actores. El estudio de los partidos o las facciones políticas se emprendía ahora bajo la perspectiva de las “clases” políticas cuya relación con las elites económicas no era ni lineal ni necesaria, mientras que el estudio de la esfera de lo político se concentraba más en sus lógicas internas de funcionamiento, la formación de liderazgos y “órdenes” políticos, o en las dinámicas de la lucha facciosa.⁶

Un segundo corte con la vieja historia fáctica —que abrevia en el anterior— provenía de los estudios de ciudadanía y esfera pública que se dieron sobre todo a partir de los años noventa. Estos estudios dieron un giro fundamental en los últimos quince años, revolucionando el campo de la historia política. La nueva literatura tomaba distancia del acercamiento más tradicional que entendía a la historia de la ciudadanía como la de una evolución progresista de la sociedad hacia la adquisición de derechos políticos, particularmente del derecho a voto. A cambio, sugería una visión más amplia y compleja de la ciudadanía política. Concentrados sobre todo en el siglo XIX, cuando tanto la definición como la constitución de una ciudadanía fueron partes esenciales del proceso de formación de las naciones luego de la independencia, estos estudios introducían problemas asociados a la relación entre estado y sociedad civil, las formas de la vida política, y buscaban desligar a la historia política de lo estrictamente electoral y partidario, para concentrarse en formas distintas, menos organizadas y formales de la vida y la participación políticas.⁷

Por un lado, el tema de las elecciones y el derecho a voto fue orientado hacia los estudios de las prácticas electorales y la dinámica de las elecciones. El derecho a voto ya no significaba una tajante divisoria de aguas en la historia política, entre una prehistoria de la participación antes de la ampliación del electorado y una historia luego de ella. Antes bien, el estudio de las prácticas electorales develó la importancia que estas tenían para la articulación de redes políticas en las que participaban amplios sectores de la sociedad, así como para la formación de liderazgos y tradiciones.⁸

Por otro lado, la nueva historia política llamaba la atención sobre otras dimensiones de la construcción de la ciudadanía como la formación de esferas públicas, la construcción de la opinión pública y las formas de la sociabilidad. Para esto, observaban la experiencia del siglo XVIII europeo, en el que el desarrollo de un nuevo tipo de asociacionismo, basado en la libre afiliación de sus miembros como individuos, era síntoma del nacimiento del ámbito de lo privado y de la sociedad civil, que marcaba la transición de formas tradicionales a formas modernas de organización civil. De la misma manera, argumentaban, en las primeras décadas luego de la independencia muchas ciudades latinoamericanas presentan un desarrollo importante de esta sociabilidad moderna (clubes, salones, tertulias, círculos científicos, etc.) así como una variada prensa periódica.⁹

Es así como los estudios de historia política han “revisitado” el siglo diecinueve, desde las perspectivas confluyentes de los estudios de sociabilidad, fuertemente influidos por la historiografía francesa y los que, bajo el paradigma habermasiano, indagaron sobre la constitución de una esfera pública.

La preferencia por lo contingente, individual y privado en desmedro de lo estructural, público y colectivo produjo una verdadera revolución en el campo de **la historia social** en las últimas dos décadas. En los años ochenta, dos vertientes de estudios fueron las dominantes. Por un lado, la renovación de los estudios migratorios, que siempre tuvieron un gran desarrollo en un país de inmigración como la Argentina. Las investigaciones en este terreno dejaron entonces de concentrarse en las grandes explicaciones de los movimientos migratorios para ensayar en vez una historia social del fenómeno, con fuerte acento tanto en las acciones individuales del emigrante y su familia, como en las redes sociales –familiares, institucionales– que facilitaban el proceso. Estos trabajos ya no se detenían sino lo necesario en las estadísticas o en los tradicionales “factores de expulsión y atracción” y se concentraban sobre todo en la indagación de las motivaciones de los protagonistas, sus sentimientos, fantasías,

sueños y deseos, para tejer así la complicada trama de la experiencia migratoria.

Una línea en particular dentro de esos estudios fue particularmente prolífica. Se trata de los trabajos escritos bajo el paradigma del pluralismo cultural, de fuerte desarrollo en la historiografía norteamericana. Estos trabajos discutían abiertamente la tesis asimilacionista del “*melting-pot*” y preferían resaltar todas las expresiones de resistencia por parte de las comunidades de inmigrantes, expresiones y actitudes cuyo éxito logró imponer otro modelo de sociedad —la “sociedad multicultural”— en la que convivían distintas comunidades étnicas sin diluirse en la asimilación con la sociedad receptora. El asociacionismo étnico fue así estudiado con particular interés, dado que se consideraba que eran esos espacios los que mejor expresaban la resistencia de las comunidades de inmigrantes.

Algunos exponentes de esa historiografía —notoriamente Samuel Baily— influyeron especialmente en la Argentina, a través de estudios comparativos de comunidades italianas en diversos destinos de emigración. En particular, esas perspectivas estuvieron detrás de la conformación del Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos (CEMLA) y, dentro de él, de los trabajos históricos realizados personalmente o coordinados por Fernando Devoto, entre otros.¹⁰ Estos recogían la idea del pluralismo cultural norteamericano y se oponían a la corriente vigente hasta entonces del crisol de razas como patrón de asimilación y constitución de la sociedad argentina, que se encontraba intacta desde los estudios de Gino Germani. También aplicaban en nuestro medio los métodos de aquella corriente historiográfica, concentrándose entonces en estudios sobre asociacionismo étnico. Proliferaron así, durante la década de 1980, los trabajos sobre las asociaciones y mutuales italianas y españolas —vistas ahora como ámbitos de resistencia a la asimilación de las nacionalidades de inmigrantes— y toda otra actividad asociativa generada en el seno de comunidades nacionales de inmigrantes. La otra vertiente dominante de los ochenta proviene de una motivación, sólo en parte académica, que surgió en el seno de uno de los pocos centros privados de

investigación que siguieron funcionando durante los años de la dictadura militar. Se trataba de la pregunta, formulada hacia el fin de aquel período de gobiernos militares, por el lugar en que “anidaban” las reservas democráticas en una sociedad atravesada por el autoritarismo¹¹. La respuesta de ese entonces —y la hipótesis que se enunciaba— encontraba en las prácticas participativas y en las instituciones de los sectores populares el lugar más genuino y estable de la experiencia democrática, lugar en donde perduraba en forma latente en tiempos de clausura política, para volver a desarrollarse en tiempos más favorables.

Esta pregunta, teñida de la experiencia de ese presente, derivó en los estudios sobre los “sectores populares”, que venían a reemplazar los más conocidos del movimiento obrero y sus prácticas gremiales y sindicales. Concentrarse en los sectores populares suponía algunas opciones teóricas y metodológicas precisas. En primer lugar, suponía alejarse de la categoría “clase trabajadora” para estudiar a los sectores subalternos, en el entendimiento de que los obreros industriales no constituían un sector hegemónico dentro de ellos, pero además de que su identidad no se limitaba a la relación económica en la que estaban insertos. En segundo lugar, relacionado con lo anterior, suponía alejarse de los estudios del “movimiento obrero”, más limitadamente atento a las prácticas gremiales, para indagar fundamentalmente en el nivel de la cultura de esos sectores populares, entendida en sentido amplio. Fuertemente influidos por la tradición inglesa de E.P. Thompson y Eric Hobsbawm, estos investigadores se dedicaron a estudiar sus experiencias cotidianas, las condiciones de su vida material, su vivienda y alimentación, sus prácticas de sociabilidad, es decir una historia social de dichos sectores populares, que abarcara las raíces de su cambiante identidad cultural.¹²

Los años noventa, por su parte, asisten al surgimiento de dos fenómenos que van a afectar la producción de trabajos sobre historia social de manera diversa. Por un lado, la proliferación de historias generales de divulgación, que marcaba el inicio de una nueva relación entre la historia académica y el mundo editorial, entre los

historiadores “profesionales” y un público más amplio. Esto exigía a los historiadores una nueva forma de apelación al lector, que si bien interpeló a todos, tuvo sus efectos más claros en aquellos que se dedicaban a la “nueva” historia social. Las colecciones de divulgación tenían entre sus temas preferidos a la historia de la vida privada, de las mujeres y la familia, de las costumbres y la vida cotidiana en todas sus manifestaciones, lo que exigió a los historiadores sociales ensayar un cambio de lenguaje, en muchos casos bienvenido, ya que obligó a replantearse temas y problemas y a armonizar la propia práctica profesional con los intereses más generales de la sociedad.¹³

Otro fenómeno de los años noventa que volvió a alentar los estudios de historia social –en particular de las prácticas asociativas– fue la conformación del campo de estudios de la así llamada “sociedad civil”, surgido sobre todo en los terrenos de la sociología y la ciencia política. El interés por el tema tenía relación directa con la crisis política y social que comenzaba a transitar el país a mediados de esa década. En momentos en que el conjunto de las instituciones estatales alcanzaban el punto más bajo de su prestigio social y que muchas de ellas se enfrentaban a un verdadero colapso, el ojo de los analistas elegía concentrarse en lo que habitualmente se considera el otro extremo de la ecuación. Era entonces en el seno de la sociedad civil y en sus prácticas asociativas y cooperativas donde podría residir la esperanza de un cambio positivo y perdurable en el destino del país. De la mano de ese entusiasmo, que contagió a muchos científicos sociales, proliferaron los trabajos sobre distintas manifestaciones de la sociedad, que han ido conformando, aceleradamente y quizás sin advertirlo, un nuevo campo de estudio que, aunque algo impreciso en el terreno conceptual, tiene ya entidad propia.

La historia económica

En historia económica, los años ochenta estuvieron dominados por los estudios de historia colonial, que experimentaron un gran dinamismo. Estos estudios se concentraron sobre todo en la formación del mercado interno y en

el “sistema” de la economía colonial y con esas perspectivas se produjeron una gran diversidad de monografías y estudios de caso en esa década y la siguiente.¹⁴

Las miradas de detalle de los estudios de empresa también se hicieron frecuentes en investigaciones sobre períodos más recientes, en los que el mundo de las generalizaciones y las grandes explicaciones había sido particularmente notorio. Estos estudios no sólo acercaban más la lente con el ánimo de comprobar o desechar las grandes teorías. También lo hacían con nuevas preocupaciones. En particular, la preocupación por la “vida material” de la sociedad se unía a la de los historiadores sociales, borrando barreras que antes se creían más firmes. No sólo con ellos: estos análisis sobre las condiciones de vida se emparentaban también con los estudios culturales, y cada vez más las preferencias y elecciones —sobre vivienda, alimentación, consumo en general, pero también decisiones productivas— que antes se juzgaban sólo económicas, empezaron a entenderse como fruto de la negociación con otras lógicas más amplias y diversas.

Específicamente, dos grupos de estudios de historia económica han sido renovados en los años noventa, de la mano de la citada y recurrente operación del corrimiento de las barreras temporales, de la abolición de los grandes cortes y su reemplazo por causalidades más largas.

En primer lugar, en la historia rural pampeana —un tema siempre dominante en la historiografía argentina— se ha producido una verdadera revolución interpretativa con los llamados estudios “tardocoloniales”. En efecto, la historia agraria del Río de la Plata a principios del siglo XIX ya no es lo que era. En los últimos años, ese capítulo de los manuales tuvo que ser modificado sustancialmente, cambiando la imagen de un paisaje desolado y arcaico, que alternaba grandes estancias poco productivas con gauchos errantes que vivían de la generosidad de una frontera abierta, por otro mucho más poblado y moderno, en el que numerosas familias de campesinos convivían en económica armonía con estancieros más modestos y racionales. Esta súbita mutación del *Far* al *Mid West* en las Pampas se debió a la acción de un grupo de historiadores

que se autodenominaron “tardocolonialistas” —Juan Carlos Garavaglia, Jorge Gelman, Raúl Fradkin, Carlos Mayo, entre otros— que, como un equipo de arqueólogos perfectamente coordinado, fueron descubriendo uno a uno, a lo largo de quince años y a través de sucesivos trabajos y monografías, pequeños fragmentos de un mundo hasta entonces no imaginado. Primero fueron los diezmos y las sucesiones, cuyo contenido revelaba la presencia inequívoca de un mundo agrícola; luego los censos —y más tarde los archivos parroquiales— que impudicamente descubrieron familias por doquier, en vez de gauchos; luego las contabilidades de estancias, que revelaron una moderna organización productiva, antes insospechada....¹⁵

Con una batería argumental parecida a la que en la historiografía europea echó mano la llamada “rebelión de los pre-modernistas” —que consistió básicamente en demoler el concepto de Revolución Industrial, para reemplazarlo por el de un proceso gradual que se dio a lo largo de dos siglos y que además tuvo su epicentro no sólo en la producción sino también en los patrones de consumo¹⁶— esta rebelión “tardocolonialista” atacó la idea de modernidad en la historia rural pampeana, proponiendo en su lugar una imagen más gradual del cambio, que se basa en su observación de las innovaciones tecnológicas y fundamentalmente de los comportamientos de los productores desde mediados del siglo XVIII. En una operación idéntica a la de sus colegas europeos, estos autores proponen romper con las viejas periodizaciones y adelantar el reloj de la modernidad en por lo menos medio siglo.

En esa misma línea de “rebelión pre-moderna” se inscriben algunos trabajos recientes sobre el origen de la industrialización, que proponen para la Argentina la revisión tanto de la cronología como del origen del crecimiento del sector industrial que se estaba haciendo paralelamente en otras historiografías latinoamericanas. Originalmente, se trató de cuestionar la importancia de la crisis de 1930 para el despegue industrial y el inicio de la sustitución de importaciones y de proponer, a cambio, una inspección en detalle del período de los años de la Primera Guerra Mundial, en los que ahora se creía se había

originado aquel proceso sustitutivo. Más recientemente, bajo la influencia directa de la citada historiografía europea, algunos trabajos prefieren rastrear el origen de la industria en una historia más larga de cambios en los patrones de consumo, que alimentaron una demanda ampliada que estuvo en la base de la “revolución industrial”.¹⁷

La historia de las ideas

La historia de las ideas o “historia intelectual”, por su parte, ha pasado en los últimos años a ocupar un lugar central en la historiografía. Hasta entonces, si bien tenían la impronta de dos importantes referentes de la renovación historiográfica de la vuelta a la democracia —José Luis Romero con su historia social de las ideas y Tulio Halperín Donghi, con su historia política de los intelectuales¹⁸— esta historiografía no había ocupado sino un lugar periférico en la profesión. Las razones de esta revitalización del campo son complejas, pero es evidente que es en él que se dan cita con mayor facilidad los postulados de los estudios culturales, el análisis del discurso, los estudios sobre ideologías, visiones del mundo y prácticas culturales en sentido amplio, que constituyen el alma de la novedad historiográfica de los noventa.

El desarrollo del campo ha sido muy variado, pero pueden reconocerse algunas líneas específicas con claridad. Una preocupación central ha recorrido estos estudios y es aquella que pregunta por las formas que asumió el arribo de la modernidad a la Argentina. Esa cuestión está presente en la mayor parte de las indagaciones recientes sobre los proyectos de las dirigencias políticas, las ideas desplegadas por las élites letradas y los intelectuales —así como las formas de circulación de la cultura letrada en los sectores populares—, las empresas culturales, los lenguajes políticos, los discursos y los programas estéticos, los imaginarios sociales, los artefactos culturales.¹⁹ La historia de las ideas políticas, por su parte, ha devenido en estudios de los discursos políticos, ya sea los explícitamente enunciados en libros o la prensa como aquellos, más solapados, que se manifiestan en el arte o la arquitectura

urbana. Relacionados con estos últimos, los trabajos que se preguntan por el origen de la nación y el estado, han indagado estos discursos sobre todo para el período formativo de esos procesos, como parte constitutiva de esa construcción institucional.²⁰

Campos “nuevos”

Fuera de las disciplinas tradicionales que han reverdecido, como se ha dicho, sin ninguna pretensión hegemónica y con límites muy difusos entre ellas, han surgido también campos “nuevos”, en los que se expresa esta multiplicidad de perspectivas, las diversas influencias y giros teóricos de los últimos años, así como los acontecimientos políticos y sociales. Vale la pena ofrecer un ejemplo concreto de ello, el de la nueva historia legal, sólo como muestra de lo que se dice.

En las últimas dos décadas se ha despertado entre los historiadores un marcado interés por el estudio de la ley, el delito y la justicia, que llevó a reabrir los archivos judiciales, policiales y carcelarios. La multiplicación de estudios relacionados con estos temas derivó en una verdadera renovación de la historia legal, que había sido descuidada por los historiadores argentinos desde los tiempos de la Nueva Escuela, para ser atendida desde entonces sólo por abogados y hombres de leyes.

El interés que despertaba ahora este renacimiento del tema, así como las bases teóricas y metodológicas de su inspiración, eran sin embargo muy distintos al que había inspirado a aquellos historiadores de antaño. No se trataba ya de trazar una historia institucional de la ley o de la justicia, sino en todo caso indagar en temas relacionados con la experiencia de la ley por parte de los actores sociales, utilizando tanto a las normas como al ámbito judicial como objetos de estudio en sí mismos. La instancia judicial era concebida como una zona de contacto entre distintos actores sociales y por lo tanto constituía un mirador excepcional para observar la conformación de culturas legales, indagar en las lógicas de transmisión de conceptos legales y prácticas judiciales, o evaluar los

patrones de acceso y diferentes usos de la justicia por parte de los grupos subalternos.

Fuertemente influenciados por los estudios sobre las “formas cotidianas” de resistencia, una vertiente de estos trabajos ve a la justicia, además de como espacio de interacción entre el Estado y la sociedad civil, como arena privilegiada del conflicto social. Grandes revueltas o revoluciones –sostiene– han sido formas excepcionales del conflicto social, que se ha expresado mucho más frecuentemente en la historia a través de las variadas prácticas cotidianas de resistencia con la que los sectores “subalternos” plantearon su descontento. Una de estas prácticas fueron las demandas judiciales, con las que estos sectores buscaron incansablemente a través de los siglos defender sus intereses y sus derechos frente a los grupos dominantes. A su vez, en la medida en que cotidianamente disputaban en el ámbito de los tribunales la interpretación de las leyes, estas prácticas fueron definiendo sus verdaderos alcances y –como gota que talla la piedra– la naturaleza misma del Estado.²¹

Los especialistas en historia colonial –los primeros en estudiar estas prácticas– revelaron que el sistema judicial y legal de la colonia, lejos de ser un rígido instrumento de dominación, fue un espacio maleable de negociación entre el estado colonial y las comunidades indígenas. También, que estas últimas, a través de los reclamos judiciales por sus tierras y otros derechos reconocidos por las leyes de Indias, adquirieron con los años una sofisticada cultura judicial, que se nutría de un largo aprendizaje de la ley y de sus usos en los tribunales y que era transmitida de generación en generación. No sorprendió entonces a los historiadores que, más recientemente, continuaron esta indagación para el período nacional, constatar la rapidez y relativa facilidad con que las comunidades campesinas aprehendieron y utilizaron en su propio beneficio el nuevo repertorio de leyes y procedimientos que surgieron con la formación de los estados nacionales. Estas y otras prácticas cotidianas, por su parte, contribuyeron decisivamente a moldear esos nuevos estados, que no fueron la simple materialización de proyectos hegemónicos

impuestos coercitivamente –como quería la vieja historia institucional– sino más bien procesos dinámicos en los que esos proyectos se negociaban permanentemente con los diversos grupos de la sociedad.²²

Otra línea de investigaciones se ha concentrado más en los juicios criminales y correccionales, así como en los archivos de la policía y de los establecimientos penitenciarios y hospitalarios, para abordar temas como la naturaleza histórica del delito, los cambiantes discursos de la represión, y los instrumentos estatales de control social. Claramente marcados por el pensamiento de Michel Foucault, para quien el ejercicio del poder del Estado a través de la vigilancia y la disciplina era un componente esencial de la modernidad, estos trabajos se han concentrado en el momento de la consolidación de los estados modernos en Latinoamérica, a finales del siglo XIX, cuando los movimientos de reforma social consolidan la idea del estado “disciplinario” e “higienista”. Las reformas resultantes en los sistemas penales y en las instituciones policiales, carcelarias y hospitalarias, así como la demonización de ciertos delitos, peligrosos para el nuevo orden social que se estaba construyendo, son el centro de atención de una variedad de monografías históricas recientes.

En la Argentina, esta vertiente ha sido particularmente prolífica, dada la enorme influencia que tuvo en nuestras ciencias sociales el pensamiento de Michel Foucault. Entre los temas abordados por esta historiografía, se cuentan el de las políticas de disciplinamiento durante el régimen rosista; el funcionamiento de la justicia de paz en la campaña y la relación dinámica entre las prácticas sociales y la letra de las leyes en el ámbito rural; las políticas de control social del Estado a fines del siglo XIX, como la reforma de las instituciones policiales, los institutos de rehabilitación de mujeres, entre otros.²³

No es casual que los historiadores argentinos se interesen hoy por los sistemas judiciales y policiales del pasado. Como ocurría con los estudios de “sociedad civil” –inspirados por la esperanza depositada en ella en medio de la profunda crisis del Estado– el surgimiento de esta nueva historia legal está también teñido por la experiencia

presente. En este caso, el interés por el funcionamiento de la ley y la justicia en el pasado está en relación directa con el desprestigio en el que han caído las instituciones estatales, que afecta con particular intensidad a todo lo relacionado con la producción, ejercicio y supervisión de la ley. Por otro lado, es evidente que los estudios sobre historia de la criminalidad tienen estrecha relación con la proliferación del delito y la marginalidad en las principales ciudades del país, a un punto en que parece comprometer incluso el buen desenvolvimiento de esta joven reedición de la democracia. En ese mismo sentido, no es casual que estos estudios se pregunten por las formas alternativas del conflicto social, en momentos en que se asiste al ocaso de los grandes paradigmas revolucionarios, ni que revisen ideas demasiado monolíticas del Estado, en medio de la actual *débacle* de las grandes estructuras burocráticas estatales. Es en ese pasado no tan lejano —se piensa— que podrían encontrarse muchas de las claves de estos acuciantes problemas.

Un balance historiográfico

El análisis de los apartados anteriores no ha pretendido abarcar todas las aristas académicas e institucionales de la historiografía de las últimas dos décadas en la Argentina, ni mucho menos hacer un registro completo de sus investigaciones, sino sólo brindar una muestra de lo que implicó esta renovación historiográfica, con la que sería muy difícil ser lo suficientemente exhaustivo.²⁴

A juzgar por los balances sobre dicha producción que se hacen en los estudios historiográficos citados más arriba, es evidente que existe un amplio consenso en torno al hecho de que esta renovación ha sido prolífica y fecunda. También, en reconocer que esto ha estado estrechamente ligado a la reconstrucción institucional que se llevó a cabo luego de 1983. Otro asunto es la valoración de lo producido. Allí el acuerdo no es tan generalizado: para los más optimistas, dicha producción es el resultado de la superación positiva de la “generación ausente”, que había podido resurgir, como el Ave Fénix, de sus cenizas a las

que la había condenado los años de la dictadura militar, el silencio y, en no pocos casos, el exilio.²⁵

Otros, menos entusiasmados, sin negar los aportes de esa multiplicación de trabajos, prefieren juzgar la fragmentación de los objetos de estudio como una gran deriva, que era el correlato de la fragmentación y el desencanto que experimentó la sociedad argentina desde el regreso a la democracia. Más importante aún, esa deriva no llegó a modificar sustancialmente los rumbos señalados antes por “los padres fundadores” y, cuando ha querido rechazarlos, no atinó a encontrar unos nuevos. Es como si, en una especie de rueda loca, nuevos temas, elegidos al azar —fruto de la identificación de alguno de los muchos espacios inexplorados— hayan sido investigados sólo de la mano de la fascinación que producían las nuevas técnicas y metodologías y la potencialidad de los nuevos documentos. Mientras tanto, las grandes preguntas detrás de las pequeñas monografías seguían sin advertirse.²⁶

De esta manera, argumentan, la exploración del pasado pasó a estar menos guiada por su tensión con el presente que por la afirmación del profesionalismo: el objetivo fundamental era así consolidar el rigor histórico, el estilo propio del oficio, en una actividad despojada de todo compromiso con el presente. La investigación histórica se transformaba en una especie de juego, de ejercicio formal, que establecía una relación postmoderna, caprichosa, con el pasado, actitud que era el espejo de la desafección generalizada y de la falta de compromiso de una sociedad en proceso de desintegración.

Esta desafección también puede leerse en términos de la referida reacción de los historiadores a los modelos explicativos de los años sesenta que, si bien fue de corte netamente profesionalista, se tradujo también en una autoimpuesta desideologización de la práctica. En otras palabras, la reacción frente a esos modelos que eran juzgados como ahistóricos, la afirmación de “el modo del historiador” para reconstruir el pasado, arrastró consigo la desideologización, ya que combatir esos modelos, fuertemente ideologizados, era combatir de alguna manera también esas ideologías. De esta manera, era necesario

ahora dejar de discutir las ideas y las teorías para —en el decir de Enrique Tandeter, reflexionando en ese entonces sobre la historiografía colonial— “pagar en monografías las deudas del pasado”.²⁷

Como quiera que sea, es indudable que los nuevos instrumentos y “técnicas”, así como el virtuosismo adquirido en su manejo, han servido a los historiadores de los últimos años mucho más para “deconstruir” que para construir. No porque las múltiples monografías no contengan contribuciones valiosas desde el punto de vista historiográfico. Antes bien, el promedio de ellas son con toda seguridad ejemplos de buenos trabajos de investigación, que destacan tanto por la interrogación original de las fuentes tradicionales como por la exploración de fuentes novedosas. Pero lo que estos trabajos también muestran son las dificultades que existen para construir, luego de la devastación provocada por la onda expansiva de la explosión postmoderna. Luego de la euforia que produce desarmar conceptos cortos, destronar esquemas miopes, abolir razonamientos mezquinos —una excitación particularmente voraz, que no se detiene ante los conceptos más esenciales— la sensación que queda es la de una gran intemperie, una desconfianza básica que produce cierta perplejidad e impide volver a construir. En ese sentido, es difícil imaginar el camino que tomarán los trabajos de esta historiografía de la deconstrucción, como no sea seguir hurgando entre los escombros conceptuales de tradiciones anteriores, sólo para erigir una infinidad de fragmentos diversos de un todo inasible.

Dos ausencias notables

Cualquiera sea la valoración que se haga de la producción historiográfica de las últimas dos décadas, existen dos vacíos en ella que son significativos, tanto más cuanto no han sido suficientemente advertidos en los ensayos historiográficos que existen sobre el período.

El primero de ellos es el período peronista. Dejando de lado excepciones notables que sólo confirman la regla, es evidente que los años que van de 1943 en adelante —en

particular, aunque no exclusivamente, los de las dos presidencias de Perón— siguen representando un curioso vacío en la producción historiográfica más reciente. Es como si los historiadores de la vuelta a la democracia hubiesen desertado en masa del tratamiento de dicho tema. ¿Cómo se explica esta desatención?

En primer lugar, junto a causas más estrictamente historiográficas y metodológicas, no hay que dejar de señalar que hubo motivos más llanamente ideológico-políticos para esta deserción: la historiografía del retorno a la democracia estuvo encarnada por intelectuales y universitarios de fuerte raigambre antiperonista. Esto, como mínimo, no inclinó a esos historiadores al estudio del peronismo y en cambio los llevó a buscar las claves —políticas, económicas, sociales— de la Argentina de entonces en un pasado más remoto.

A esta circunstancia se sumó el fenómeno común a toda la historiografía de la democracia, consistente en revisar los grandes cortes cronológicos de la historia nacional para reemplazarlos por procesos de más larga duración. En este caso, se trataba de poner en cuestión los cortes clásicos de 1930 para lo económico y el de 1943-46 para lo político y social, en el entendimiento de que era en las décadas anteriores que se habían gestado buena parte de los procesos económico-políticos, pero también sociales que se iban a ver con mayor nitidez durante el peronismo. Nació así, lo que Hilda Sabato llamó recientemente la “invención de la entreguerra”, expresión con la que quería destacar la proliferación de estudios sobre las décadas de 1920 y 1930, décadas que hasta hace muy poco habían sido bastante desatendidas por los estudios históricos, presas como estaban entre los períodos más definidos —sobre todo por los historiadores económicos— de la gran expansión (1880-1914) y el del peronismo y la segunda posguerra (1943 en adelante). Ahora se quería dar identidad propia a esas décadas, como un período definido de la historia argentina que era necesario considerar separadamente.²⁸

Pero además, para esa renovación historiográfica, el carácter “revolucionario” del peronismo resultaba

sospechoso, aunque no tanto porque se desconfiara de sus contenidos concretos sino más bien por el hecho de que a esos historiadores no le resultaba fácil digerir la idea de los movimientos bruscos en la historia que toda revolución sugiere. Es así como distintos estudios se fueron encargando de escribir historias más largas de todos aquellos aspectos que supuestamente daban al peronismo su carácter fundador y revolucionario.

Así por ejemplo, los estudios citados sobre los orígenes de la ciudadanía y la esfera pública se preocupaban por dejar bien en claro que la historia de la movilización política se remontaba mucho más allá de Perón, incluso más allá de las manifestaciones obreras de las décadas anteriores a él;²⁹ estudios recientes sobre los orígenes de la cuestión social y sobre “la política social antes de la política social” demostraron de una vez que la política social en la Argentina no nació con el peronismo, sino que había que remontarse no sólo a los tiempos de los liberales reformistas, sino también al período más temprano de mediados del siglo XIX y aún a los tiempos coloniales;³⁰ estudios recientes desde la ciencia política se han encargado de demostrar que el populismo como sistema—concepto que, difuso e inasible como es, se había siempre reservado en la Argentina al peronismo—no fue privativo de ese movimiento y reconocía antecedentes por lo menos en el yrigoyenismo;³¹ los estudios dedicados a historiar las transformaciones del estado se han preocupado de dejar bien en claro que en las dos décadas previas al advenimiento del peronismo se trazaron todos los antecedentes de las políticas que iba a aplicar el peronismo, cuya originalidad iba a ser en todo caso y solamente la forma más acabada y completa con que lo haría, pero no ya su concepción y diseño. En particular, esto era cierto para el intervencionismo estatal y las políticas dirigistas en materia económica y social, que tenían un claro arraigo ya en las décadas de 1920 y 1930.³² Por fin, para el caso del estudio de los sectores populares, esta indagación en una historia de más larga duración buscaba una explicación alternativa para el instantáneo apoyo incondicional que recibió Perón por parte de los sectores populares apenas

accedió al poder, frente a la vigente entonces que se basaba en el esquema germaniano de los obreros nuevos y las “masas disponibles”. Estos estudios prefirieron en cambio rastrear el apoyo recibido por Perón en una larga tradición cultural preexistente entre los sectores populares, que incluía elementos de reconocimiento y autoidentificación, tanto como una historia también larga de prácticas asociativas y cooperativas. Es por eso que se concentran en el estudio de sociedades de fomento, bibliotecas populares, condiciones materiales de vida de estos sectores populares, en tanto prácticas democráticas cooperativas, que van a estar en la base de su identidad, que era previa al peronismo.³³

En consonancia con las nuevos aires historiográficos de la hora, menos afectos a los cortes fundacionales y a las rupturas, este conjunto de estudios dejaba algo en claro. Sin negar las habilidades políticas, retóricas y simbólicas del propio Perón, ni su capacidad para construir un movimiento de masas bajo su liderazgo que iba a tener repercusiones decisivas en la historia del país, era necesario poner al peronismo en caja con la historia. Más allá de ciertas singularidades destacables, había que entender a dicho movimiento dentro de una historia más larga de continuidades, arraigadas, a veces desde muy antiguo, en la tradición política y social del país.

Claro está que estas conclusiones, que provenían de estudios de origen muy diverso, no resultaban de ninguna concertada operación historiográfica para devaluar la historia del peronismo, quitándole buena parte de su originalidad. Sin embargo, es interesante notar que éstas se daban en medio del clima político de los años ochenta en la Argentina, en el que el radicalismo —de la mano del exagerado entusiasmo que le producía su regreso al poder luego de tantas décadas— apostaba fuertemente a que el peronismo iba a perder relevancia política frente a un nuevo “movimiento histórico”, construido desde el Partido Radical. Aquella suposición y ese proyecto, sin embargo, se vieron muy rápidamente desmentidos por la realidad, en parte por el desengaño que significaron los magros resultados concretos de la vida democrática (esa con la que

se iba a alimentar, curar y educar, según el *slogan* del nuevo presidente radical) y en parte porque la supuesta pérdida de relevancia del peronismo nunca pasó de ser más que un gigantesco error de cálculo.

Este doble desengaño —con la democracia y con la posibilidad de neutralizar la hegemonía política del peronismo— planteaba a los historiadores, a su vez empeñados en suavizar la impronta de aquel movimiento de masas en la historia argentina, a la vez una paradoja y un tarea. Una paradoja porque, más allá de la convicción, construida con genuina evidencia histórica, de que el peronismo no había sido todo lo revolucionario que su retórica pretendía, los acontecimientos políticos y electorales volvían a poner a ese partido en el centro de la escena como algo verdaderamente excepcional. Una tarea, ya que esos mismos sucesos políticos ponían nuevamente en evidencia que, más allá de que el peronismo reconociera antecedentes muy sólidos en la historia, era necesaria una indagación profunda en los años de los gobiernos de Perón si se querían encontrar muchas de las claves de la Argentina del siglo XX.

Nadie entendió mejor esa paradoja y esa tarea que Tulio Halperín Donghi —por otra parte, uno de los referentes obligados para esa generación de historiadores— quien en 1994 volvía a postular, sin inmutarse, el carácter revolucionario del peronismo y a interpretar la historia del país de la segunda mitad del siglo en esa clave.³⁴ El ejemplo de Halperín, sin embargo, no fue mayormente imitado por sus discípulos y es obvio que el doble desengaño que siguió al efímero entusiasmo democrático de principios de los ochenta, abrupto como fue, todavía no alcanza para convencer a los historiadores de llevar a cabo una indagación más sistemática de los años del peronismo. Como resultado, las perspectivas históricas sobre el período no abundan y el peronismo sigue siendo —también con excepciones notables, pero excepciones al fin— terreno de sociólogos y politólogos, más que de historiadores.³⁵

El segundo gran vacío en la producción historiográfica de las últimas décadas es Latinoamérica. La historiografía argentina de la vuelta a la democracia no sólo

ignoró a Latinoamérica sino que se construyó explícitamente por oposición a la experiencia del subcontinente. Como resultado, la historia latinoamericana no sólo tiene una débil presencia en la currícula de las carreras universitarias en la Argentina, sino que además esa presencia —donde ha perdurado— ha quedado presa de concepciones ya pasadas de moda. A esto se suma la notoria falta de especialistas en ese tema en el medio local, con lo que su escueta presencia en la formación histórica de los argentinos está garantizada por un largo tiempo.

Tanto más llamativa es esta ausencia si se tiene en cuenta que los mismos balances de la historiografía reciente utilizados en este trabajo no se molestan siquiera en mencionar el tema de la presencia o ausencia de estos estudios comparativos, ni el hecho evidente y paradójico de que dos de los historiadores emblemáticos de los años sesenta, que los protagonistas de la renovación de las últimas décadas decían tomar como ejemplo —Tulio Halperín Donghi y José Luis Romero— tenían un fuerte tono latinoamericanista en sus visiones del pasado argentino.

¿Cuáles pueden ser las razones detrás de este sesgo “anti-latinoamericanista” de la historiografía argentina de los últimos años? En primer lugar, es evidente que ese sesgo ha sido un saldo no buscado de la renovación historiográfica de esos años, ya que es menos el resultado de una operación consciente de exclusión, que el producto de una sobre-reacción de los historiadores frente a la apropiación del pasado por otros discursos disciplinarios y por paradigmas teóricos que pasaron a estimarse demasiado ideologizados o politizados y por lo tanto reñidos con las nuevas reglas de la profesión que se estaban tratando de imponer en forma generalizada. Se trataba entonces, por un lado, de discutir esas teorías generales de funcionamiento del “sistema latinoamericano” —teorías de la dependencia, del desarrollo y la modernización, entre otras— que daban cuenta demasiado fácilmente de los procesos vividos por todo el subcontinente, así como de hacerlo a través de la práctica específica de la historia, en un esfuerzo de diferenciación de otros discursos disciplinarios. Esos discursos, contruidos no por historiadores sino

más bien por economistas y sociólogos, se juzgaban como simplificadores y empobrecedores de las especificidades nacionales, en las que ahora era necesario indagar para mejor discutirlos.

Esto explica la importancia creciente de las historias del período independiente en reemplazo de la historia colonial, que dejaba así su lugar prominente en la historiografía luego de tantos años. Refugiarse en lo nacional garantizaba a los historiadores un lugar seguro desde donde poder discutir —paso a paso, a través de monografías y estudios de caso, es decir, con las armas propias de la disciplina— las inexactitudes de aquellas imágenes de conjunto, a la vez que recuperar las especificidades de cada historia nacional que habían quedado demasiado diluidas en los “modelos” de funcionamiento de largo plazo.

Saludable como fue para la disciplina histórica —tanto como para la sofisticación de nuestra visión del pasado— la operación tuvo también sus costos. La crisis de esos modelos explicativos, sumada a la del paradigma marxista, tuvo como herencia inevitable cierta orfandad interpretativa. Los antiguos esquemas, después de todo, si bien simplificaban hasta el extremo los procesos históricos, ofrecían a los estudios de conjunto visiones totalizadoras coherentes que hoy no es sencillo —quizás, tampoco adecuado— reemplazar. Sin embargo, con su crisis, entró en crisis también, inevitablemente, el sentido de unidad de los estudios latinoamericanos que les daban aquellos paradigmas. Para agravar las cosas, el desplazamiento del centro de la escena de la historiografía colonial, implicaba dejar de lado un campo que había dado a la historia latinoamericana una evidente unidad geográfica, pero también temática. Es allí, en la etapa inevitablemente latinoamericana de nuestra historia, adonde va a quedar confinado desde entonces el “latinoamericanismo” de nuestra historiografía.

El costo más importante de esta sobre-reacción fue, entonces, la aversión para emprender estudios comparativos con Latinoamérica. El citado refugio en lo nacional derivó en aislamiento. En el caso de la Argentina esto fue particularmente notorio, ya que se adecuaba

perfectamente a una creencia muy arraigada desde antiguo en la mentalidad colectiva del país: la afirmación de lo nacional como excepcional frente al resto del subcontinente. Todo lo cual ha derivado, paradójicamente, en una nueva cortedad de miras. En las antípodas de la mirada sesentista, la que ahora propone un carácter demasiado excepcional de la historia argentina olvida la similitud de ciertos procesos locales con otros de otras regiones y, lo que es peor, cae muchas veces en visiones equivocadas sobre dicha excepcionalidad.

Vale la pena detenerse con algún detalle en un ejemplo de este fenómeno. Se trata de los estudios sobre la historia moderna de la región pampeana (1860-1930), uno de los núcleos temáticos más transitados de la historiografía argentina. El largo debate historiográfico sobre este tema había girado, desde los años sesenta, en torno a la búsqueda de explicaciones para el largo estancamiento de la economía argentina, dentro de las cuales era preponderante la supuesta ineficiencia del sector agropecuario. Es por eso que el debate se concentró sobre todo en el comportamiento de los grandes terratenientes, porque en ellos y en sus perversas lógicas productivas se creía ver a los responsables de lo que calificaban como el "fracaso" argentino.³⁶

Así, para las visiones más tradicionales, el estancamiento del agro pampeano se había debido fundamentalmente a comportamientos antieconómicos de parte de los terratenientes. Tanto la concentración de la tierra y la producción extensiva y poco especializada, como también la baja tasa de inversión de capital, eran el resultado de un comportamiento rentístico y precapitalista de esos terratenientes, más preocupados en consumos suntuarios en Buenos Aires y Europa que en la marcha de sus estancias, que rara vez visitaban.³⁷

Una visión posterior, sin negar la existencia de fenómenos como la concentración de la tierra o la baja inversión de capital, buscó explicaciones al estancamiento pampeano dentro de la propia lógica económica, esforzándose en demostrar que los terratenientes fueron en realidad empresarios modernos y capitalistas, la clave de cuyo comportamiento

se encontraba en el medio en el que les había tocado producir y crecer. Así, los altos riesgos de mercado a los que, históricamente, se había visto sometido el productor pampeano, lo llevó a diseñar estrategias de producción que desalentaban la inversión en capital fijo para mantener una conveniente versatilidad en las empresas. De esta manera, la conocida extensividad de la producción agropecuaria pampeana no se debía a una suerte de despreocupación productiva, sino que por el contrario constituía la mejor fórmula para operar en la región.³⁸

De esta manera, la renovación historiográfica en este campo consistió en discutir el paradigma tradicional del gran estanciero ausentista “a-la-latinoamericana”, oponiéndole la imagen de un empresario racional, moderno y capitalista. En el mismo sentido progresó el debate sobre la identidad y el *status* económico del “chacarero” agricultor pampeano, pasando de considerarlo poco menos que un pobre campesino sin tierra a merced de despreocupados latifundistas a verlo como un pequeño empresario capitalista, moderno e independiente, algo así como un *farmer* como los que poblaron el *midwest* norteamericano.³⁹

La historia rural pampeana se despegaba así de sus símiles latinoamericanas, en nombre de una sociedad más moderna y capitalista, menos tradicional y campesina. Sus actores principales, tanto grandes terratenientes como medianos y pequeños arrendatarios agrícolas, eran presentados como empresarios maximizadores que cuando se relacionaban, lo hacían como socios en un mismo negocio, y no como miembros desigualmente dotados de una sociedad polarizada. Esta característica esencial los distinguía fundamentalmente de sus pares latinoamericanos, siempre atravesados por relaciones extraeconómicas como el paternalismo, el peonaje por deudas, o los servicios personales, que trababan de múltiples formas el libre desarrollo del mercado, en el contexto de una sociedad tradicional con grandes diferencias económicas y sociales. La mirada comparativa, si existía, debía ensayarse entonces, para ser fructífera, con otros escenarios rurales que se creían más propicios para la comparación, como los de esos otros

espacios abiertos que constituían las praderas canadienses, o la frontera del *midwest* norteamericano.⁴⁰

Esta renovación en el campo de la historia rural pampeana, saludable como fue en producir muy necesarios estudios de caso y en construir una historia más rigurosa y por lo tanto más distanciada de explicaciones pasadas de moda, pecaba sin embargo por exceso al sugerir la retirada de Argentina de la perspectiva latinoamericana. Como sucedía en general con la sobre-reacción señalada, la preocupación en este caso por diferenciarse de discursos tradicionales poco rigurosos —que resaltaban la simpatía entre la historia argentina y la latinoamericana— derivó en una negación de la perspectiva latinoamericana sin más. Como consecuencia del esfuerzo de oponer al mundo rural semifeudal, exageradamente opresivo y flaco en oportunidades que proponía la historiografía tradicional, uno más moderno y libre, capitalista y móvil, la nueva historiografía construyó una imagen demasiado optimista de la sociedad rural pampeana, que se concebía a sí misma como esencialmente distinta a la de otras sociedades rurales del subcontinente.

El resultado de esta conclusión —por otro lado inexacta— ha sido un empobrecimiento de esa historiografía. Es cada vez más evidente que la historia rural pampeana se beneficiaría enormemente con la observación de la experiencia histórica de otras sociedades agrarias de Latinoamérica. Por otro lado, no es difícil constatar que la comparación con Canadá y Estados Unidos ha llegado a un límite, en especial si de entender la sociedad agraria y su dinámica se trata. La diferencia básica, señalada en todos los trabajos comparativos, entre la organización productiva de la agricultura en esos países, basada en pequeños propietarios independientes, y la de la región pampeana, en manos de arrendatarios insertos en estancias —y por lo tanto menos independientes— se convierte en un obstáculo insalvable a la hora de entender las relaciones sociales y el conflicto. La historia rural latinoamericana, en cambio, con su enorme gama de variaciones regionales, tiene mucho que sugerir a la pampeana sobre éste y otros fenómenos.

Así por ejemplo, situaciones como la múltiple sujeción que tenían muchos chacareros de la región pampeana, a través de sus deudas con el dueño de la estancia y el almacenero, o la incertidumbre que tenían respecto de su permanencia en la tierra, difieren poco de los problemas que para la misma época debía enfrentar un inquilino chileno en un fundo de Caupolicán, un enganchado de la sierra en una hacienda peruana del valle de Chicama o un arrendatario colombiano en una finca de Cundinamarca. Los comportamientos económicos de estos últimos, como los de muchos chacareros pampeanos, sólo pueden comprenderse como el resultado de la combinación —fruto de la negociación y muchas veces del conflicto— entre sus propias lógicas productivas y las del propietario de la tierra. Estas condiciones de trabajo y la múltiple subordinación que tenían los arrendatarios con el dueño de la tierra no son comparables, sin embargo, a las que para la misma época tenía un *farmer* de Iowa. De la misma manera, el control social paternalista que ejercían algunos estancieros pampeanos sobre sus arrendatarios para contener el conflicto difícilmente pueda compararse con un ganadero texano, pero no sorprendería a nadie si se refiriera a un hacendado del Bajío mexicano.

La perspectiva latinoamericana podría también ayudar a volver a mirar la historia del desarrollo agrario pampeano como una historia de frontera. En efecto, no hay historiador de la región pampeana que no se enfrente cotidianamente en los archivos con indicios claros de la frontera: sociedades móviles, violentas y nómades, de hombres solteros y errantes que conviven con familias pioneras de inmigrantes, pero también economías más precarias e inestables, con actores económicos “de frontera”, que elaboran estrategias productivas específicas para operar en ese medio. A pesar de esto, es curiosa la poca importancia relativa que le ha dado la historiografía pampeana del siglo XX al tema de la frontera, aún siendo tan decisiva esa influencia en su historia como en la de aquellos países donde sí ha recibido una atención recurrente. Estados Unidos es quizás el caso paradigmático, pero no faltan ejemplos en Latinoamérica, como los del Valle

Central costarricense o las tierras cafetaleras de Antioquia y Caldas en Colombia –otros casos de expansión de la frontera agrícola basada en el asentamiento de pequeños productores propietarios– o el de la frontera del oeste paulista que, al igual que en las pampas, avanzó incansablemente gracias al esfuerzo de familias de inmigrantes europeos que no accedieron a la propiedad de sus tierras sino hasta varias décadas después de desembarcar.⁴¹

El ejemplo de la historiografía pampeana demuestra claramente hasta qué punto la sobre-reacción anti-latinoamericanista de la historiografía argentina del retorno a la democracia puede terminar limitando y empobreciendo los estudios históricos sobre la Argentina. Queda por saber si este fenómeno de extrañamiento con lo latinoamericano, que refleja bien la realidad académica local, no es generalizable también a la historiografía de otros países de la región. Dicho de otra manera, si esta ausencia relativa de estudios comparativos con otros países latinoamericanos no se verifica también en la historiografía reciente de esos otros países, con el resultado de que los estudiantes de historia en México o en Perú reciban también ellos una formación deficiente sobre la historia de los otros países de la región. Algo así parecía sugerir en una entrevista reciente Tulio Halperín, en la que se mostraba pesimista respecto de la posibilidad de hacer historia de Latinoamérica fuera de los Estados Unidos. Para dar cuenta de esas dificultades, mencionaba, con su ironía habitual, que cuando le tocó escribir la historia contemporánea de América Latina desde la Argentina, su fuente para Venezuela fue la Historia Constitucional de Gil Fortoul, que, buena como era, tenía pie de imprenta en 1907.⁴²

Que esto sea así no invalida, sin embargo, el hecho de que constatarlo en nuestras latitudes tiene la doble carga de que viene a sumarse a la tendencia más generalizada de excluir a Latinoamérica del repertorio de nuestra identidad nacional. Y esto, más importante que empobrecer los estudios históricos, tiene el efecto de volver a ocultar nuestras cada vez más evidentes raíces latinoamericanas, cuando sólo una rápida lectura del periódico contiene suficientes evidencias de lo contrario.

La historiografía tiene así, en la comparación con Latinoamérica y en el tema del peronismo, sendas tareas por delante que son cruciales y demasiado evidentes. Sin una adecuada indagación de aquella perspectiva y de esos años es probable que sigamos demorando la revelación de muchas claves que podrían ayudarnos a entender el origen de los angustiantes problemas actuales que vive el país.

Notas

1. Agradezco a Ignacio Sosa, Horacio Crespo y a todos los participantes del encuentro "Historiografía comparativa sobre América Latina", realizado en la UNAM en diciembre de 2001, los comentarios a la ponencia que dio origen a este trabajo.
2. Lucas Rubinich. "Retrato de una generación ausente". *Punto de Vista*, 25, 1985.
3. Luis Alberto Romero. "La historiografía argentina en la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional". *Entrepasados*, No. 10, 1996. Véase también, Tulio Halperín Donghi. "Un cuarto de siglo de historiografía argentina (1960-1985)". *Desarrollo Económico*, 100, 1986.
4. Algunos de ellos, como el CEDES o el CISEA-PEHESA, gozaban de un amplio prestigio académico y eran financiados por fundaciones internacionales.
5. Ema Cibotti. "El aporte en la historiografía argentina de una generación ausente, 1983-1993". *Entrepasados*, 4-5, 1993.
6. Los trabajos paradigmáticos que adoptan estas perspectivas y van a influenciar a toda la producción de las dos décadas siguientes a la que fueron escritos son, sin duda, Natalio Botana. *El orden conservador: La política argentina entre 1880 y 1916*. Buenos Aires: Sudamericana, 1977 y Tulio Halperín Donghi. *Revolución y guerra: formación de una clase dirigente en la argentina criolla*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1979, entre otros trabajos de su extensa producción.
7. Un excelente análisis historiográfico sobre los estudios recientes de ciudadanía para todo Latinoamérica, en Hilda Sabato. "On Political Citizenship in Nineteenth-Century Latin America". *American Historical Review*, 106 (4), October, 2001.
8. Véanse, entre otros trabajos, Hilda Sabato y Elías Palti. "¿Quién votaba en Buenos Aires? Práctica y Teoría del sufragio, 1850-1880". *Desarrollo Económico*, 119, 1990; Marcela Ternavasio. "Nuevo régimen representativo y expansión de la frontera

política: las elecciones en el estado de Buenos Aires, 1820-1840". En: Antonio Annino (coord.). *Historia de las elecciones en Iberoamérica, siglo XIX: de la formación del espacio político nacional*. Buenos Aires: FCE, 1995; Emma Cibotti. "Hacer política en Buenos Aires: los italianos en la escena pública porteña, 1860-1890". *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana* Dr. Emilio Ravignani, 2, 1990.

9. Entre muchos otros, véase Pilar González Bernaldo de Quirós. *Civilidad y política en los orígenes de la nación Argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1862*. Buenos Aires: F.C.E., 2001; Jorge Myers. *Orden y virtud: el discurso republicano en el régimen rosista*. Buenos Aires: Universidad de Quilmes, 1995; Alberto Lettieri. "La República de la Opinión. Poder político y sociedad civil de Buenos Aires entre 1852 y 1862". *Revista de Indias*, LVII, 1997. Muchos de estos trabajos se encuentran en diversas compilaciones. Véase Hilda Sabato (coord.). *Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina*. México: FCE, 1999; Annino, op. cit.
10. Samuel Baily. "Las sociedades de ayuda mutua y el desarrollo de una comunidad italiana en Buenos Aires, 1858-1918". *Desarrollo Económico*, 21 (84), 1982. Fernando Devoto y Gianfausto Rosoli (comps.). *L'Italia nella società argentina*. Roma: Centro Studi Emigrazione, 1988; Idem. *La inmigración italiana en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos, 1985; Fernando Devoto y Eduardo Míguez (comps.). *Asociacionismo, trabajo e identidad étnica. Los italianos en América Latina en una perspectiva comparada*. Buenos Aires: CEMLA-CSER-IEHS, 1992; Fernando Devoto. *Le migrazioni italiane in Argentina. Un saggio interpretativo*. Nápoles: Istituto Italiano per gli Studi Filosofici, 1994.
11. PEHESA. "Dónde anida la democracia". *Punto de Vista*. 15, 1982.
12. Leandro Gutiérrez y Luis Alberto Romero. *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*. Buenos Aires: Sudamericana, 1995; Leandro H. Gutiérrez. "Condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires, 1880-1914". *Revista de Indias*, 163 - 164, 1981; Luis Alberto Romero. "Los sectores populares como sujetos históricos". *Sociológica*. 4 (10), 1989; Idem. "Los sectores populares en las ciudades latinoamericanas del siglo XIX: la cuestión de la identidad". *Desarrollo Económico*. 106, 1987.
13. Ricardo Cicerchia. *Historia de la vida privada en la Argentina*. Buenos Aires: Troquel, 1999, 2 vols.; Fernando Devoto y Marta Madero (dir.). *Historia de la vida privada en la Argentina*. Buenos Aires: Taurus, 1999, 3 vols.; Fernanda Gil Lozano, Valeria Pita y Gabriela Ini. *Historia de las mujeres en la Argentina*. Buenos Aires: Taurus, 2000, 2 vols.

14. Los trabajos más importantes en este terreno fueron concebidos antes de los años ochenta, pero publicados apenas iniciada la década. Véase Carlos Sempat Assadourian. *El sistema de la economía colonial. Mercado interno, regiones y espacio económico*. Lima: IEP, 1982; Juan Carlos Garavaglia. *Mercado interno y economía colonial*. México: Grijalbo, 1983. Para una revisión historiográfica de este tema, véase Enrique Tandeter. "El período colonial en la historiografía argentina reciente". *Entrepasados*. 7, 1994.
15. Una revisión de esta historiografía en Juan Carlos Garavaglia y Jorge Gelman. "Rural History of the Rio de la Plata 1600-1850: Results of a Historiographical Renaissance". *Latin American Research Review*. 30 (3), 1995. Véase también Juan Carlos Garavaglia. *Pastores y labradores de Buenos Aires. Una historia agraria de la campaña bonaerense 1700-1830*. Buenos Aires: Ediciones La Flor, 1999.
16. Jan De Vries. "The Industrial Revolution and the Industrious Revolution". *The Journal of Economic History*. 54 (2), June 1994, pp. 253-4.
17. Javier Villanueva. "El origen de la industrialización argentina: la versión olímpica". *Desarrollo Económico*. 12 (47), 1972; Fernando Rocchi. "Building a Nation, Building a Market: Industrial Growth and the Domestic Economy in Turn-of-the-Century Argentina". Tesis Doctoral, University of California, Santa Barbara, 1997; Idem, "Consumir es un placer: la industria y la expansión de la demanda en Buenos Aires a la vuelta del siglo pasado". *Desarrollo Económico*. 37 (148), 1998.
18. José Luis Romero. *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX*. México: FCE, 1965; Idem. *Las ideas políticas en la Argentina*. Buenos Aires: FCE, 1975; Idem. *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, México: FCE, 1976; Tulio Halperín Donghi. *Proyecto y construcción de una nación (Argentina, 1846-1880)*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1980; Idem. *José Hernández y sus mundos*. Buenos Aires: Sudamericana, 1985; Idem. *El espejo de la historia*. Buenos Aires: Sudamericana, 1986; Idem. *Vida y muerte de la República verdadera (1910-1930)*. Buenos Aires: Ariel, 2001. Otros animadores de esta historiografía, como Beatriz Sarlo, Oscar Terán y Carlos Altamirano, no provenían estrictamente de la historia.
19. Una revisión de esta historiografía en Hilda Sabato. "Historia política, historia intelectual: viejos temas, nuevas ópticas". En: Marco Palacios (comp.). *Siete ensayos de historiografía*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional, 1995; Idem. "La historia en fragmentos, fragmentos para una historia". *Punto de Vista*. 70, 2001. Véase también Halperín Donghi. "Un cuarto de siglo...".

20. Sería demasiado largo y complejo reseñar esta gran variedad de trabajos, ya que son demasiados los que han incursionado directa o indirectamente en esta temática. Entre los autores ya clásicos, que han inspirado a toda la generación posterior, están los trabajos diversos de Oscar Terán, Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano, José Carlos Chiaramonte, Natalio Botana y Ezequiel Gallo, muchos de los cuales colaboraron en la recientemente relanzada colección del Pensamiento Argentino (cuyos primeros volúmenes aparecieron hace algunos años en la Biblioteca Ayacucho), dirigida por Tulio Halperín Donghi. Para los que siguieron indagando en este campo amplio, véanse, entre muchos otros, Lilia Ana Bertoni. *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: FCE, 2001; Myers, op. cit.; González Bernaldo de Quirós, op. cit.; Palti. *El pasado en disputa. La polémica historiográfica entre Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López*, Bernal, Universidad de Quilmes, en prensa; Eduardo Zimmermann. *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina, 1890-1916*. Buenos Aires: Sudamericana, 1995. Entre los que han analizado el papel del arte y el espacio urbano, entre otros, Francisco Liernur. *El umbral de la metrópolis: transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires (1870-1930)*. Buenos Aires: Sudamericana, 1993; Adrián Gorelik. *La grilla y el parque: espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 1998; Laura Malosetti Costa. *Los primeros modernos: arte y sociedad en Buenos Aires a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: FCE, 2002; Andrea Giunta. *Vanguardia, internacionalismo y política: arte argentino en los años sesenta*. Buenos Aires: Paidós, 2001.
21. James C. Scott. *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*. New Haven: Yale University Press, 1985; Idem. *Domination and the Arts of Resistance: Hidden Transcripts*. New Haven: Yale University Press, 1990; Florencia E. Mallon. *Peasant and Nation: The Making of Postcolonial Mexico and Peru*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 1995; Idem. "The Promise and Dilemma of Subaltern Studies: Perspectives from Latin American History". *American Historical Review*. 99 (5), December 1994, pp. 1491-1515; Gilbert M. Joseph. "On the Trail of Latin American Bandits: A Reexamination of Peasant Resistance". *LARR*. 25 (3), 1990, pp. 7-53; Gilbert Joseph y Daniel Nugent (Eds.). *Everyday Forms of State Formation. Revolution and the Negotiation of Rule in Modern Mexico*. Durham: Duke University Press, 1994.
22. Para el período colonial, entre otros, Steve J. Stern. *Peru's Indian Peoples and the Challenge of Spanish Conquest: Huamanga to 1640*. Madison: University of Wisconsin Press, 1982; Charles Cutter. *The Legal Culture of Northern New Spain, 1700-1810*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 1995; Sergio

- Serulnikov. "Peasant Politics and Colonial Domination: Social Conflicts and Insurgency in Northern Potosí, 1730-1781". Tesis Doctoral, State University of New York at Stony Brook, 1998. Para el período nacional, Catherine Legrand. *Colonización y protesta campesina en Colombia, 1850-1950*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1988; Florencia E. Mallon. *The Defense of Community in Peru's Central Highlands: Peasant Struggle and Capitalist Transition, 1860-1940*. New Jersey: Princeton University Press, 1983. Para una compilación bastante exhaustiva de investigaciones recientes sobre el tema, Carlos Aguirre, Gilbert Joseph & Ricardo Salvatore, (eds.) *Crime and Punishment in Latin America: Law and Society since late colonial times*. Durham: Duke University Press, 2001.
23. Ricardo Salvatore. "El imperio de la ley'. Delito, Estado y sociedad en la era rosista". *Delito y Sociedad*. Nos. 4-5, 1993-94; Juan Carlos Garavaglia. "Paz, orden y trabajo en la campaña: la justicia rural y los juzgados de paz en Buenos Aires, 1830-1852". *Desarrollo Económico*. 146, 1997; Raúl Fradkin. "Entre la ley y la práctica: la costumbre en la campaña bonaerense de la primera mitad del siglo XIX". *Anuario IEHS*. 12, 1997; Beatriz Ruibal. *Ideología y control social: Buenos Aires, 1880-1920*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1993; Lila Cairamari. "Whose Criminals Are These? Church, State Patronatos, and the Rehabilitation of Female Convicts (Buenos Aires, 1890-1940)". *The Americas*. 54 (2), 1997; Kristin Ruggiero. "Wives on Deposit: Internment and the Preservation of Husbands' Honor in Late Nineteenth-Century Buenos Aires". *Journal of Family History*, 17 (3), 1992; Osvaldo Barreneche. "Crime and the Administration of Criminal Justice in Buenos Aires, Argentina, 1785-1853". Tesis doctoral, University of Arizona, 1997; Juan Manuel Palacio. "The Peace of Wheat: Judges, Lawyers, and Farmers in Pampean Agrarian Development, 1887-1943". Tesis doctoral, University of California, Berkeley, 2000.
24. Además, es necesario aclarar que la "muestra" elegida, si bien no en forma exclusiva, se ha tomado fundamentalmente de lo sucedido en el ámbito de la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores y, dentro de ella, de la Universidad de Buenos Aires.
25. Ema Cibotti. "El aporte..."
26. Roy Hora. "Dos décadas de historiografía argentina". *Punto de Vista*. 69, 2001.
27. Tandeter, op. cit., p. 75.
28. Hilda Sabato. "La historia en fragmentos..."; Fernando Devoto y Marcela Ferrari (comps.). *La construcción de las democracias rioplatenses: proyectos institucionales y prácticas políticas, 1900-1930*. Buenos Aires: Biblos, 1994; Waldo Ansaldi, Alfredo

- Pucciarelli y José C. Villarruel (eds.). *Argentina en la paz de dos guerras, 1914-1945*. Buenos Aires: Biblos, 1993.
29. Sabato. "On Political..."; Idem. *La política en las calles. Entre el voto y la movilización. Buenos Aires, 1862-1880*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998.
 30. Juan Suriano. *La cuestión social en la Argentina 1870-1943*. Buenos Aires: La Colmena, 2000; José Luis Moreno (comp.). *La política social antes de la política social (caridad, beneficencia y política social en Buenos Aires, siglos XVII a XX)*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2000; Zimmermann, op. cit.
 31. Gerardo Aboy Carlés. *Las dos fronteras de la democracia argentina*. Rosario: Homo Sapiens, 2001; Gerardo Aboy Carlés y Gabriela Delamata, "El Yrigoyenismo: inicio de una tradición". *Sociedad*. 17-18, junio de 2001.
 32. Ansaldi, Pucciarelli y Villarruel, op. cit.; Halperín Donghi. *Vida y Muerte de la República Verdadera (1910-1930)*. Buenos Aires: Ariel, 1999.
 33. Gutiérrez y Romero, op. cit.; Romero, "Los sectores populares...".
 34. Tulio Halperín Donghi. *La larga agonía de la Argentina peronista*. Buenos Aires: Ariel, 1994.
 35. Entre las excepciones a esa regla, véanse, entre otros, Mariano Plotkin. *Mañana es San Perón: propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista, 1946-1955*. Buenos Aires: Ariel, 1994; Daniel James. *Resistencia e integración. El peronismo y la clase obrera argentina, 1946-1976*. Buenos Aires: Sudamericana, 1991; Lila Caimari. *Perón y la Iglesia católica: religión, estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*. Buenos Aires: Ariel, 1995. La referencia obligada en los estudios del peronismo en Argentina sigue siendo, sin embargo, la de Juan Carlos Torre, significativamente un politólogo de profesión. Véase su *La vieja Guardia Sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Sudamericana, 1990; Idem (comp.). *La formación del sindicalismo peronista*. Buenos Aires: Legasa, 1988; Idem. *El 17 de octubre de 1945*. Buenos Aires: Ariel, 1995. Dos volúmenes recientes en colecciones más generales -uno de ellos, también de Torre- se detienen, desde perspectivas diferentes, en el período peronista. Carlos Altamirano. *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*. Biblioteca del Pensamiento Argentino. Buenos Aires: Ariel, 2001; Juan Carlos Torre (dir.). *Los años peronistas (1943-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana, Nueva Historia Argentina, Tomo VIII, 2002.
 36. Graciela Malgesini. "La historia rural pampeana del siglo XX: tendencias historiográficas argentinas de los últimos treinta años". *Revista Interamericana de Bibliografía*. 40 (4), 1990;

- Eduardo José Míguez. "La expansión agraria de la Pampa Húmeda (1850-1914): tendencias recientes de su análisis histórico". *Anuario IEHS*. No.1, 1986; Hilda Sabato. "La cuestión agraria pampeana: un debate inconcluso". *Desarrollo Económico* No. 106, 1987; Idem. "Estructura productiva e ineficiencia del agro pampeano, 1850-1950: un siglo de historia en debate". En: Marta Bonaudo y Alfredo Pucciarelli (coords.). *La problemática agraria: nuevas aproximaciones*. Buenos Aires: CEAL, 1993, vol. 3, pp. 7-50.
37. Jaime Fuchs. *Argentina, su desarrollo capitalista*. Buenos Aires: Cartago, 1965; Horacio Giberti. *El desarrollo agrario argentino*. Buenos Aires: Eudeba, 1964; Mauricio Lebedinsky. *Estructura de la ganadería*. Buenos Aires: Quipo, 1967; José Alfredo Martínez De Hoz. *La agricultura y la ganadería argentina en el período 1930-1960*. Buenos Aires: Sudamericana, 1967; James R. Scobie. *Revolución en las Pampas. Historia social del trigo argentino, 1860-1910*. Buenos Aires: Solar/Hachette, 1968.
38. Entre otros, Guillermo Flichman. *La renta del suelo y el desarrollo agrario argentino*. Buenos Aires: Siglo XXI, 1977; Jorge F. Sábato. *La clase dominante en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: CISEA/GEL, 1987.
39. El mejor ejemplo de la primera versión es sin duda Scobie, op. cit. Para la visión "moderna" véase, entre otros, Jeremy Adelman. "Agricultural Credit in the Province of Buenos Aires, Argentina, 1890-1914". *Journal of Latin American Studies*. 22 (1), 1990; Javier Balsa. "La conformación de la burguesía rural local en el sur de la pampa argentina, desde finales del siglo XIX hasta la década del treinta: El partido de Tres Arroyos". En: Marta Bonaudo y Alfredo Pucciarelli (eds.). *La problemática agraria. Nuevas aproximaciones*. Buenos Aires: CEAL, 1993, vol. II, pp. 103-311; Andrea Reguera. "Arrendamientos y formas de acceso a la producción en el sur bonaerense: el caso de una estancia del partido de Necochea, primera mitad del siglo XX". En: Raúl Mandrini y Andrea Reguera (eds.). *Huellas en la tierra: indios, agricultores y hacendados en la pampa bonaerense*. Tandil: IEHS, 1993, pp. 241-74. Una posición intermedia en Juan Manuel Palacio. "Arrendatarios agrícolas en una empresa ganadera. El caso de 'Cruz de Guerra' 1927-1938". *Desarrollo Económico*, No. 127, 1992.
40. Carl E. Solberg. *The Prairies and the Pampas: Agrarian Policy in Canada and Argentina, 1880-1930*. Stanford: Stanford University Press, 1987; Jeremy Adelman. *Frontier Development: Land, Labor and Capital on the Wheatlands of Argentina and Canada, 1890-1914*. Oxford: Clarendon Press, 1994.
41. Para Costa Rica, véase Ciro F.S. Cardoso. "La formación de hacienda cafetalera costarricense en el siglo XIX". En: Enrique

Florescano (coord.). *Haciendas, latifundios y plantaciones en América Latina*. México: Siglo XXI, 1975, pp. 635-667 y Carolyn Hall. *El café y el desarrollo histórico-geográfico de Costa Rica*. San José: Editorial Costa Rica, 1976; para la colonización antioqueña, el trabajo clásico de James J. Parsons. *Antioqueño Colonization in Western Colombia*. Berkeley: University of California Press, 1968 [1949] y una revisión más reciente en Keith Christie. "Antioqueño Colonization in Western Colombia: A Reappraisal", *HAHR*. 58 (2), 1978, pp. 260-283. Para el caso de San Pablo, Michel M. Hall. "The Origins of Mass Immigration in Brazil, 1871-1914". Tesis doctoral, Columbia University, 1969; Warren Dean. *Rio Claro: a Brazilian Plantation System, 1820-1920*. Stanford: Stanford University Press, 1976; y Thomas H. Holloway. *Immigrants on the Land. Coffee and Society in Sao Paulo, 1886-1934*. Chapel Hill, N.C., 1980.

42. Diego Armus y Mauricio Tenorio-Grillo, "Halperín en Berkeley: Latinoamérica, historiografía y mundillos académicos", entrevista a Tulio Halperín Donghi. Buenos Aires: *Entrepassados*. 6, 1994.